

LA VISIÓN DE LA CIUDAD A TRAVÉS DE LOS VIAJES EXTRAORDINARIOS: UTOPIÍA Y DISTOPÍA EN JULES VERNE

POR

PERE SUNYER MARTIN

Introducción

La difusión de los *Viajes extraordinarios* de Jules Verne entre la juventud de numerosas generaciones es algo que debería llenar de orgullo al geógrafo, tanto más cuanto que fue este aspecto uno de los principales motivos de su aparición. Hay, sin embargo, en sus novelas un tema que ha sido, geográficamente, poco tratado, que es el tema de la ciudad. Su preocupación por el medio urbano adquiere en algunas de sus novelas un lugar significativo, apareciendo claramente ligada a su concepto de progreso. De este modo, el lector puede encontrar la ciudad del Bien, la del progreso material y moral del hombre; y la ciudad del Mal, en donde se llevan a cabo y se consuman los peores designios de la especie humana.

En el momento de hablar de la idea de ciudad en Verne, no podemos dejar de pasar por alto sus años como miembro del Consejo Municipal de Amiens en 1888, en donde se encargaría del área de espectáculos públicos. Esta repentina atracción por los problemas de la ciudad no sería nueva. Aparece por primera vez en sus *Viajes Extraordinarios* en 1871 con *La ciudad flotante*, la primera crítica de Verne hacia las ciudades y el tipo de sociedad de su tiempo; posteriormente, ya en 1875, en

su discurso de entrada a la Academia de Amiens presentaría bajo el título *Una ciudad ideal, Amiens en el año 2000*, su primer diseño urbano: un viaje a esta ciudad en un hipotético futuro. A través de este fantástico sueño, Verne nos sitúa en un Amiens completamente diferente del de su tiempo. Unos cambios que inciden no solamente en el aspecto meramente urbanístico o en la incorporación de los avances tecnológicos, sino también a nivel social.

Comenzaremos dando una breve explicación acerca de las circunstancias que rodearon la aparición de sus novelas, para entrar, en una segunda parte, en su concepto de «progreso» y como se amolda a él sus ideas sobre la ciudad.

Los viajes extraordinarios de J. Verne

Los *Viajes extraordinarios* son un claro ejemplo de divulgación de una ideología a través de la literatura. Bajo el título genérico de *Viajes extraordinarios. Viajes a los mundos conocidos y desconocidos*, se agrupa un gran número de relatos y novelas de aventuras, más de sesenta, destinados a la formación de juventud burguesa del II Imperio, las futuras clases dirigentes, en la ciencia y en los valores éticos de la nueva sociedad. Su origen radicaría en un proyecto que Verne presentaría, en 1862, a un conocido editor y convencido sansimoniano, J. Hetzel de «novelar la ciencia», esto es, «resumir todos los conocimientos geográficos, geológicos, físicos y astronómicos amasados por la ciencia moderna, y rehacer (...) la historia del Universo». ¹ Esto quería decir, recorrer a través de diversas aventuras «el cosmos de un hombre del siglo XIX». ²

La aparición de los relatos de Verne coincide con el florecimiento económico y científico que vendría favorecido por la estabilidad política del régimen de Napoleón III. El progreso iba haciéndose cada vez más palpable a nivel popular. Aparecerían nuevos ingenios que vendrían a mejorar la movilidad y las comunicaciones humanas y en todo ello tendría un destacado papel la figura del ingeniero, un hombre formado

¹ P. Versins, en Bellour, 1968, p. 39.

² M. Salabert, 1985, p. 116.

científicamente y capaz de guiar a la sociedad por el camino del porvenir. Hetzel, un sansimoniano convencido que tuvo un papel activo durante la Revolución del 48, estaba trabajando a través de las publicaciones de su editorial en el proyecto de educación científica y social de las nuevas generaciones, y Verne, sensible a los cambios que se operaban en la sociedad de su época, al presentarle su magnífica idea, entraba de lleno en esta labor. La «Edad de Oro», augurada por los socialistas románticos, parecía hallarse muy próxima, y en su consecución había que «preparar las mentes», como decía Comte, difundiendo los logros científicos y técnicos del momento.

La idea de progreso a través de los Viajes extraordinarios

Decíamos anteriormente que la literatura era un arte sensible de la mentalidad de una época, y así ocurre con la idea que se transmite en los *Viajes Extraordinarios* del progreso. Escritos entre 1862 y 1905, estos relatos constituyen un importante testimonio de los cambios habidos en la Europa de la segunda mitad del siglo. A lo largo de algo más de cuarenta años, su autor reflejaría en sus obras la evolución de un concepto importante para entender las transformaciones habidas en este siglo XIX: el concepto de progreso. En general, se pueden apreciar dos grandes períodos en su obra, que coinciden con un cambio fundamental de la idea que Verne tenía de él.

Se puede hablar de una primera etapa comprendida entre 1862 y 1879, caracterizada por un desmesurado optimismo socialista romántico acerca del curso de la historia en estos últimos años y en los que la fe en el hombre y en el propio progreso vendría iluminada por la luz de la ciencia y de la industria. Es la manifestación del poder del hombre sobre la Tierra, sobre las fuerzas ocultas de la Naturaleza. El objetivo final de todo este pensamiento era el de llegar a una era dorada de la humanidad, a una Sociedad del Bienestar Universal y de la felicidad, basada en los principios básicos de la Solidaridad, la Fraternidad y la Justicia, y en el papel director de la ciencia.

En esta etapa, los héroes vernianos por excelencia y como protagonistas de los avances habidos en el XIX, hallamos la figura del ingeniero y del científico. Ambos serán capaces de guiar por el camino del progreso a las microsociedades ideales que aparecerán en sus relatos.

La segunda etapa, 1879-1905, reflejaría el momento histórico de fusión del capital financiero con el del industrial naciendo un nuevo capitalismo, mucho más potente, de signo imperialista. Éste tiene una extraordinaria necesidad de dominar el mundo en su globalidad y a él sólo podrá enfrentársele una fuerza de las mismas características. Es un momento en el que las potencias coloniales inician un progresivo rearmamento; en el que la ciencia toma partido por el capital, manipulándola en su beneficio. Es el tiempo de la repartición de África a partir del Congreso de Berlín y la carrera por las colonias. Es la imagen de «crisis de fin de siglo» en la que el hombre parece caminar hacia su propia destrucción.

Los protagonistas siguen siendo los mismos ingenieros y científicos, pero con otra caracterización: están locos o padecen un cierto extravío mental, al tiempo que poseen o bien una extraordinaria ambición, o bien se desentienden del uso que el resto de los personajes hagan de sus invenciones y descubrimientos.³

Como novela en la que se puede observar este cambio en el mundo y en la concepción del mundo que nuestro autor tenía es la titulada *Los 500 millones de la Begún*, publicada en 1879, de la que hablaremos en breve.

Si comparamos la idea que Verne tenía del progreso entre las dos etapas citadas, se puede observar una sustancial variación, que vendría motivada por las oscuras perspectivas que se cernían sobre el mundo. El optimismo socialista romántico, se verá prontamente substituido por un creciente pesimismo que tiene su culminación en el relato corto de *El eterno Adán*. Si en 1879, para nuestro autor, tal como se refleja en

³ A modo de ejemplo, puede servir la descripción que Verne hace de Marcel Camaret, un científico que trabaja a las órdenes del dictador y bandido Harry Killer, a quien ofrece todos sus descubrimientos y trabajos: «Un hombre de aproximadamente cuarenta años. De talla media, con hombros estrechos y pecho deprimido, y con una melena rala de un rubio desteñido, tenía todo el aspecto de un hombre delicado y enfermizo. Llevaba siempre inclinada la cabeza sobre el hombro izquierdo, como si no pudiera sostener su peso..., dos magníficos ojos de un color azulado transparente llenos de vida y con fulgores de una inteligencia excepcional que en ocasiones dejaban escapar una especie de relámpagos que parecían indicar algún extravío mental... sabido es que del genio a la locura no hay más que un paso muy fácil de franquear... Marcelo Camaret era una máquina de pensar, máquina portentosa e inofensiva por sí sola... pero terrible, manejada por las manos en que había caído» (*Aventuras de la misión Barsac [1920]*, Barcelona, Ed. Mateu, s.d., 287 pp.).

Los 500 millones..., el porvenir subyace en el control social de las aplicaciones de la ciencia y en la educación de la juventud en todos los aspectos, moral, físico e intelectual, en la segunda etapa no existirá para él la posibilidad de control. La ciencia y los científicos se replegarán en lo que denominarán «ciencia pura», esto es, el trabajo científico independiente del contexto en el que desempeñan su labor, y prescindiendo del uso que se haga de sus logros científicos. Con estas perspectivas, Verne escribirá al final de su vida *El eterno Adán*, en la que a modo de Zarathustra, un científico llamado zartog Sofr Aisr de una avanzadísima civilización, descubre ante sus propios ojos la quimera del Progreso: la «edad de oro» a la que aspiraban los filósofos no se encuentra ni en el pasado, ni en el futuro, sino en ambos puntos a la vez; el futuro no existe, sino que es un «eterno retorno», un eterno recomenzar de las cosas, y es éste el que ha de pesar, y pesará, sobre la conciencia de las generaciones venideras.

La ciudad en los Viajes extraordinarios

Si bien anteriormente a 1875, en los primeros *Viajes*, la ciudad había cumplido el papel de punto de referencia geográfico o había sido objeto de crítica por ser producto de la sociedad industrial de la época, cabe preguntarse por qué tarda tanto tiempo en integrar el elemento urbano en sus relatos, como medio en donde se desarrolla la acción.

Hay que anticipar que Verne no otorga a la ciudad el papel de medio para la aventura, más que en unas pocas novelas. No es, sin duda, el medio propicio para desarrollarse. La aventura, como rito de iniciación del protagonista juvenil del relato, o del lector, requiere del contacto con la naturaleza, con sus fuerzas ocultas. Precisa el medirse con las fuerzas naturales pasando así diferentes pruebas. Necesita también, aparte del maestro de ceremonias (el científico o ingeniero), al «buen salvaje», esto es, el contacto con la esencia del hombre no deformado por la civilización y poseedor de la ingenuidad y sencillez primera. De este modo, el adolescente, una vez convertido, habrá sido también iniciado en aquellos principios que él, como hombre del mañana, habrá de inculcar en la sociedad: la solidaridad, la fraternidad y la justicia.

Podemos preguntarnos, pues, qué necesidad tenía Verne de diseñar la ciudad del mañana si en ella no nos podemos «iniciar», ya que la

ciudad es, incluso para este autor, fuente de todo el mal, el hogar del vicio y de la degeneración de la sociedad.

Decíamos al principio que Verne pretendía, mediante sus *Viajes extraordinarios*, formar las nuevas generaciones protagonistas del mañana, y que esta formación había de ser tanto científica, como social. Sin duda alguna, nuestro escritor incidió en ambos aspectos sobradamente. Si la lectura científica es suficientemente elocuente, no lo es menos la lectura social. Verne fue un creador de pequeñas sociedades ideales entre las que podríamos citar, de sus novelas iniciales, la de la tripulación del «Duncan»,⁴ los naufragos de la Isla Lincoln,⁵ o la propia tripulación del capitán Nemo.⁶ Estos microcosmos sociales fundados en los principios de los socialistas románticos funcionan cuales máquinas perfectas: sin rozamientos, y colaborando en un principio común, el progreso.

A partir de cierto momento, Verne sintió la necesidad de ubicar estas sociedades ideales errantes por el mundo, en algún punto concreto del planeta, convirtiéndolas en sedentarias y creando para ello las ciudades requeridas que habrían de ser, de igual modo, ideales.

A través de *Los Viajes extraordinarios* nuestro escritor nos presenta diferentes visiones de la ciudad, que pueden ser desde meras descripciones de ciudades reales, hasta fantásticos escenarios en donde se desarrolla la acción de los personajes. En cualquier caso, la imagen que muestra es paralela a su concepción del progreso de la sociedad y la humanidad. La ciudad se constituye, pues, como un elemento representativo del progreso.

Ciudades reales y ciudades imaginarias

Una primera clasificación del tipo de ciudades que aparecen en los *Viajes extraordinarios* podría ser la división entre ciudades reales e imaginarias.

⁴ *Los hijos del capitán Grant* [1867-69].

⁵ *La isla misteriosa* [1874].

⁶ *Veinte mil leguas de viaje submarino* [1870].

Las ciudades reales descritas por este escritor forman parte del artificio geográfico que es la aventura, en un acto de divulgación de los conocimientos geográficos. Con motivo del viaje, de ese movimiento lineal a lo largo del planeta, es posible la visita a determinados centros urbanos por parte de los protagonistas. La ciudad es en este caso un mero accidente en el camino de la aventura, no su objeto, y dará pie a una exposición de datos referentes a su población, su trama, su riqueza, que podría entenderse como la necesidad del Verne positivista de presentar la urbe en cuestión a base de estadísticas.

Las ciudades imaginarias de Verne responden a otras características. Son ciudades que se ubican en un tiempo real, es decir, son contemporáneas al momento en que fueron escritas. Por otro lado, al igual que la *Utopía* de Tomás Moro, y a pesar de su localización real en el mapa,⁷ son, hasta cierto punto, inaccesibles a los propios personajes. Existe una barrera física o espacial que impide su acceso directo. Coal City⁸ se construye en el interior de una vieja mina escocesa; Franceville⁹ se sitúa al otro lado del Atlántico, en la costa oeste de los Estados Unidos, al igual que su contrincante Stahlstadt, y mientras la primera está separada del resto del mundo por una accidentada cordillera, la segunda está rodeada de una llanura desierta y pedregosa; Milliard City¹⁰ está construida sobre una isla a hélice, por lo tanto es móvil, y su único contacto con la humanidad se limita a cortos instantes en los que se compra todo aquel objeto de capricho de sus millonarios habitantes.

Las ciudades imaginarias se pueden clasificar, a su vez, según el período en que fueron diseñadas, en ciudades eutópicas y distópicas. Hallamos la ciudad eu-tópica, el mejor lugar, fruto del optimismo socialista romántico hacia el progreso, propio de la primera etapa de los relatos de Verne; y la ciudad de la distopía, producto del creciente pesimismo de Verne hacia los avances sociales derivados de los logros de la ciencia. Ambos tipos de ciudades constituyen unas fuertes críticas a la sociedad de su tiempo, ya por contraposición, ya por paralelismo.

⁷ Otra necesidad del Verne positivista.

⁸ *Las Indias negras*, 1877.

⁹ *Los quinientos millones de la Begún*, 1879.

¹⁰ *La isla a hélice*, 1895.

a) *La ciudad eu-tópica*.—La ciudad eu-tópica ha sido considerada como la máxima representación del esperanzador progreso material y moral del hombre. Su sociedad está formada por un grupo de hombres y mujeres unidos en la tarea de erigir el futuro. Un mundo sin conflictividad social en el que, como en una máquina perfecta, cada uno de sus miembros ocupa una posición determinada. Es una «gran familia»¹¹ regida por los principios de solidaridad, fraternidad y justicia propugnados por los socialistas románticos.

La ciudad eu-tópica se encuentra bien caracterizada en dos relatos: Coal City en *Las Indias negras* (1877), y France-Ville en *Los quinientos millones de la Begún*, (1879). Sus únicas diferencias radican en el grado de perfección de una u otra. Así, se podría decir que la primera, Coal City, es resultado del esfuerzo de sus propios habitantes, todos ellos mineros, por adaptar sus habitáculos y en general la propia trama urbana al medio. Ello respondería a una tendencia dentro del urbanismo decimonónico por adoptar las tramas de la ciudad a la topografía del territorio, frente al racional plano ortogonal. France-Ville, por su parte, está fundada en los principios de la ciencia, concretamente, se inspira en la utópica «Hygeia» (1876) de Benjamín Ward Richardson. El plano de esta ciudad es, a diferencia del anterior, ortogonal, e incluye una estricta normativa edificatoria y urbanística que afecta no solamente a la tipología de las casas, sino también a la calidad y el tipo de los materiales empleados en su construcción, así como a unas normas de higiene comunitarias, como es el caso, por ejemplo, de las chimeneas colectoras de humos.

France-Ville está destinada a potenciar y mejorar el género humano en todos sus aspectos moral y físico, además pretende ser un ejemplo para las ciudades de su época según las palabras de su fundador:

«Señores, entre las causas de enfermedad, de miseria y de muerte

¹¹ La idea de la sociedad como una «gran familia» que divulgaría Saint-Simon, Verne la expone claramente a través del discurso que el propietario de las minas de Aberfoyle, en *Las Indias Negras* dirige a sus mineros en el momento de clausurarlas: «Este pedazo de hulla... es como el último glóbulo de sangre que circulaba en las venas de la mina... Habéis vivido de la mina que se ha vaciado en vuestras manos. El trabajo ha sido duro pero no sin provecho para vosotros. Nuestra gran familia va a dispersarse, y es probable que el porvenir no vuelva a reunir jamás a sus esparcidos miembros. Pero no olvidéis que hemos vivido mucho tiempo juntos, y que entre los mineros de Aberfoyle, es un deber ayudarse.» *Las Indias Negras*, Madrid, Gaspar Ed., 1882, 69 pp.

que nos rodean, hay una a la que racionalmente se debe conceder gran importancia. Me refiero a las deplorables condiciones higiénicas en que vive la mayor parte de la humanidad. Los hombres viven amontonados en las ciudades, en casas frecuentemente privadas de aire y de luz, esos dos agentes indispensables a la vida. Tales aglomeraciones humanas se convierten a veces en verdaderos focos de infección. Los que no hallan en ellas la muerte, se ven, al menos, afectados en su salud; sus fuerzas productivas disminuyen y la sociedad pierde así una considerable suma de trabajo que podría ser aplicado a los más preciosos fines. ¿Por qué, señores, no podríamos poner en marcha el más poderoso medio de persuasión..., el del ejemplo?, ¿por qué no reunimos toda nuestra capacidad de imaginación para trazar el plano de una ciudad modelo sobre bases rigurosamente científicas?, ¿por qué no consagramos después el capital que disponemos a la edificación de esa ciudad que habría de servir al mundo de un ejemplo práctico?»

Estas ciudades del «bien» tienen su oposición, dentro de las propias novelas, en las ciudades industriales de la época producto de un capitalismo desaforado, o la ciudad nacida de la aplicación de la ciencia en un mal sentido del progreso. Así, mientras que Coal City tiene su contraposición en una ciudad real, Edimburgo («esa ciudad sujeta a los fríos del invierno, a la inteligencia de un clima detestable, y que en una atmósfera saturada de humo de sus máquinas, justificaba el nombre de Auld Reeky —Vieja ahumada—»), France Ville lo tendrá en Stahlstadt, la ciudad de Acero, producto del mismo dinero con el que se fundaría France-Ville, y de la misma aplicación de la ciencia, pero utilizados para la destrucción. Aparece, pues, la ciudad de la distopía:

«Así es —expresó Schulze— aquí hacemos lo contrario que los inventores de France-Ville. Nosotros buscamos el secreto de abreviar la vida de los hombres, en tanto que ellos buscan el modo de prolongarla. Pero su obra está condenada, y es de la muerte, sembrada por nosotros, de la que debe nacer la vida. Sin embargo, todo tiene su finalidad en la naturaleza, y el Dr. Sarrasin, al fundar una ciudad aislada, ha puesto a mi disposición, sin saberlo, un magnífico campo de experimentación.»¹²

b) *La ciudad de la distopía.*—Las ciudades distópicas que nos

¹² *Los quinientos millones de la Begún* [1879], Ed. Debate, Barcelona, 1986, p. 102.

presenta Verne quizás no quieran ser tanto modelos urbanos indeseables, como ejemplos de sociedades regidas por dirigentes detestables. En este sentido, las primeras son una clara consecuencia de la ideología imperante. Las ciudades distópicas que muestra se caracterizan por contener en grado extremo los desequilibrios y tensiones de las sociedades capitalistas de finales del siglo XIX. Están dirigidas por hombres poseídos completamente por las más bajas pasiones humanas, básicamente y a modo de ejemplo, por una atracción desmesurada por el Poder, de dominio, sobre sus congéneres y un afán de destrucción total, en una clara tendencia hacia la degeneración.

El Poder en este último cuarto del siglo XIX se apoyaría, según nuestro autor, en tres elementos interrelacionados: la industria, la ciencia y el capital. El primero originado a partir de la sobreexplotación de la mano de obra y de la propia dinámica competitiva de la sociedad industrial; el segundo, producido a partir de la aplicación de los descubrimientos técnicos y científicos no sólo en el proceso productivo, sino también en la aplicación de la ciencia para fines bélicos; por último, el poder se asienta en el propio capital, producto del imperialismo capitalista y monopolístico de finales del siglo pasado. Verne nos ofrece, a través de tres de sus novelas, su visión de este mundo en decadencia, todas ellas escritas a partir de 1879 y cuyo inicio se sitúa en *Los quinientos millones...*

La crítica a la ciudad industrial aparece ya prontamente en los *Viajes extraordinarios*, concretamente en *La ciudad flotante* (1871), en el que a través del «New Eastern», un gran transatlántico que contiene todo un microcosmos social, se hace una amplia crítica al sistema capitalista y su repercusión sobre el medio urbano.

Se caracteriza, principalmente, por una población numerosa, trabajadora y hacinada en los arrabales: «...a ambos lados del buque, se delineaban dos anchas calles, o, por mejor decir, dos arrabales ocupados por una multitud compacta...»¹³ ...y también por el aspecto triste y sucio de la urbe industrial: «...Un fango negro, ese lodo británico que se pega al empedrado de las ciudades inglesas, cubría la cubierta. Asquerosos arroyuelos serpenteaban por todos lados. Parecía que me hallaba en uno de los peores puntos del Upper-Thames-Street de Londres.»¹⁴

¹³ *Una ciudad flotante* [1871], edición utilizada de A. Jubera, Madrid, 1886, p. 6.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 6.

Los trabajadores, por otro lado, son piezas de una gran maquinaria que funciona sin rozamientos y cuyos elementos son fácilmente sustituibles, y así lo indica poco después de haber ocurrido un desastre en la sala de máquinas: "...los heridos fueron llevados a la enfermería, y se mandó desembarcar los cadáveres. La vida de las gentes pobres es tan poca cosa para los anglosajones, que a penas causó impresión a bordo tan triste suceso. Aquellos desgraciados, muertos o heridos, no eran más que dientes de una rueda, fáciles de reponer».¹⁵

Sin embargo, se ha de llegar a *Los quinientos millones...* para que aparezca un modelo más elaborado de ejemplo de ciudad industrial, producto de un desaforado capitalismo. Stahlstadt, la ciudad del acero, dirigido, diseñado y financiado por un científico enajenado, que lleva la competencia industrial a la rivalidad entre naciones. El aspecto de la ciudad del acero queda bien reflejado en esta descripción:

«En el centro de estas aldeas, al pie mismo de los Coal Butts, cerros de carbón mineral inagotables, se levanta una masa oscura, colosal, extraña, una aglomeración de edificios regulares perforados por ventanas simétricas, cubiertos de tejados rojos, coronados de un bosque de chimeneas, que vomitan por sus mil bocas torrentes continuos de vapores fuliginosos. Estos vapores velan el cielo con una cortina negra, por la cual pasan de cuando en cuando rápidos relámpagos rojos. El viento trae al oído un gruñido lejano, semejante al de un trueno o al de una mar gruesa, pero más regular y de notas más graves. Esta masa es Stahlstadt. La ciudad del acero...»¹⁶

En ella, los trabajadores viven en los arrabales próximos a la siderurgia, pero lejos física y políticamente de los puntos de control y decisión, y, por tanto, sometidos al poder monocrático del científico.

El modelo de Stahlstadt sería superado por el de Blackland en *Las aventuras de la misión Barsac* (1920), en la que su autor quiere incidir, no tanto en los aspectos sociales, como en las aplicaciones científicas para fines bélicos y al control y dominio del planeta. De hecho, Blackland, a diferencia de la anterior, es descrita como una hermosa y gran ciudad, que incorpora las más avanzadas innovaciones higiénicas y tecnológi-

¹⁵ Op. cit., p. 9.

¹⁶ *Los quinientos millones de la Begún* [1879], ed. 1986, p. 56.

cas que facilitaban y contribuían a aumentar la calidad de vida de sus habitantes. El teléfono, el alumbrado eléctrico público, la presencia de agua corriente y a presión son algunos de los elementos a destacar.

No obstante, la distopía de esta ciudad proviene del uso que se hace de los logros científicos. Su dirigente, Harry Killer, es un bandido con talento, el cual se aprovecha indiscriminadamente de todos los inventos y descubrimientos que su científico Marcel Camaret¹⁷ le proporciona. Blackland había sido diseñada para el terror, y se sostenía en el propio terror. En ella se practica el racismo más recalcitrante y se prepara un ejército cuyo objetivo sería el del dominio gradual de amplias zonas del planeta. En Blackland se repiten aquellos elementos que caracterizaban a Stahlstadt como el de la inaccesibilidad de los propios habitantes a las instituciones de poder: aparecen componentes propios de la mitología clásica como el laberinto, que dificulta su entrada, el río o hilo de Ariadna, que permite su acceso, y la torre fortificada, la torre del minotauro,¹⁸ elementos que se hacen indispensables para el buen fin de la aventura, y que convierten a Verne en un perfecto conocedor de los mitos clásicos.

El último modelo de ciudad distópica que queda por repasar es aquel originado por el propio capital en sus efectos sobre el poder político. Milliar City es paradójicamente, bajo el punto de vista de las innovaciones técnicas y científicas, una auténtica ciudad eutópica; paradigma de las ciudades ideales construidas científicamente. Está construida sobre una isla artificial —Standard Island— capaz de desplazarse a voluntad de sus habitantes. El plano de la ciudad es ortogonal, de anchas calles avenidas, con una gran variedad edificativa, con gran cantidad de parques y jardines plantados todos ellos directamente sobre la tierra vegetal que les sirve de sostén. En cuanto a los materiales se utilizan los más ligeros, flexibles y duraderos a base del empleo del aluminio,

¹⁷ «...una máquina de pensar, máquina portentosa e inofensiva por sí sola, pero terrible manejada por las manos en que había caído». *Aventuras de la Misión Barsac* [1920], edición utilizada Ed. Mateu, Barcelona, s.d., pp. 154-165.

¹⁸ Componentes que permiten, por un lado, poner de manifiesto la voluntad del protagonista en cuestión para acceder a lo incognoscible y realizar así su conversión posterior, su aprendizaje y su maduración. Por otro lado, estos elementos sirven de protección a los personajes indómitos, insociables por los que el autor parecía sentir una cierta admiración; reflejo de su rebeldía personal contra el mundo que le rodeaba. Sobre este aspecto, consultar M. Salabert, 1985, pp. 260 y ss.

de ladrillos de cristal, «que hacen posible el ideal de la casa transparente»,¹⁹ y piedra artificial, de fácil manejo.

Asimismo, incorpora todos los avances en comunicación y telecomunicación a fin de facilitar, hacer más cómoda, la vida de los ciudadanos. Por ejemplo, el teléfono, el telégrafo («un aparato que transporta la escritura como el teléfono la palabra»), y el kinetógrafo, «que refleja los movimientos y es para los ojos lo que el fonógrafo para el oído». Las aceras estaban provistas de bandas deslizantes, y por las calzadas circulaban carruajes eléctricos «que ruedan con la suavidad de la bola de billar».²⁰

Existe, por último, un control sanitario completo de sus habitantes, y en este sentido dice: «...cada habitante conoce exactamente su constitución física: su fuerza muscular..., su capacidad pulmonar..., el poder de concentración de su víscera cardíaca..., incluso su grado de fuerza vital revelado por el magnetófono». Además, no existen en la ciudad ni cafés, ni tabernas, ni otros centros de vicio; eso sí, existen numerosos campos de deporte donde «algunos esbeltos y ágiles jóvenes se entregan a sus ejercicios favoritos». Por todo ello, la policía «apenas tiene trabajo».²¹

Los habitantes de esta moderna ciudad son multimillonarios yankees enriquecidos por la prepotente industria norteamericana, capaces de pagar las elevadas rentas de los edificios.

En resumidas cuentas, todo parece contribuir a la mayor felicidad de sus habitantes. No obstante, el hecho de tener que decidir el rumbo que ha de tomar este barco-isla les conducirá al definitivo hundimiento de su Utopía. Así, «Standard-Island» se dividirá entre aquellos que quieren ir a babor y los que quieren ir hacia estribor. Todo la mayor acumulación de capital del mundo no parece poder evitar una gran catástrofe.

¹⁸ *La isla a hélice* [1895], ed. 1958, Ed. Mateu, Barcelona.

²⁰ *Op. cit.* [1895], p. 25.

²¹ *Op. cit.* [1895], p. 39.

Conclusión

En primer lugar hay que decir junto a M. Salabert²² que Verne era un buen conocedor de la mitología, de la cual hace un extenso uso a lo largo de toda su producción literaria. Entre los mitos y las leyendas no podía dejar pasar por alto el más clásico de ellos: el mito de la ciudad ideal. La ciudad recobra de nuevo, en el siglo XIX, el papel de protagonista del progreso material y moral del hombre. Verne no hace más que seguir el paso de sus predecesores en este siglo como es el caso de Saint-Simon y Fourier. Como ellos funda las bases del progreso social en la ciencia y en la industria, no obstante incorporará las posibles contrapartidas que ambos elementos pueden ocasionar en el futuro de la sociedad: es la esperanza y el temor, la utopía y la distopía, acerca de las posibles aplicaciones de las potencialidades del hombre que empiezan a finales de siglo. La ciencia y la tecnología no son negativos de por sí, sino, es el empleo que el hombre hace de estos instrumentos lo que los puede convertir en indeseables.

Verne no pareció darse cuenta, sino al final de su vida, de la terrible paradoja a la que estaban sometidas sus utopías. Las ciudades eutópicas no son más deseables que las distópicas: el ideal eutópico conlleva la necesidad de un cierto grado de autoritarismo. Habitadas por sociedades cerradas, estáticas, sus miembros carecen de hecho de la más completa libertad, dependiendo su felicidad del grado de cohesión de sus elementos. Pero no será él quien resuelva la paradoja, y los intentos por diseñar la ciudad para la sociedad ideal se irían sucediendo de forma continua hasta nuestros días, participando todas ellas de ese ideal de felicidad y armonía inalcanzable. Son nombres grabados en letras de oro de la literatura utópica y a diferencia de sus antecesores incluirán la palabra «futuro» en sus propuestas. Son, por citar algunos, Bellamy, Morris, Wells, Ebenezer Howard, Orwell...

²² Ver M. Salabert, 1985.

BIBLIOGRAFÍA

- BELLOUR, R.: *Verne, un revolucionario subterráneo*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1968, 156 pp.
- CHESNEAUX, J.: *Una lectura política de Julio Verne*, Madrid, Siglo XXI, 1973, 265 pp.
- CHOAY, F.: *El urbanismo. Utopías y realidades*, Barcelona, Ed. Lumen, 1983.
- IMAZ, E. (eds.): *Utopías del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 275 pp.
- LAHUERTA, J. J.: *Mobilis in Mobili. Notas sobre la idea del progreso en Julio Verne*, Barcelona, Ed. Hacer, col. Utopías, 1983, 60 pp.
- SALABERT, M.: *Julio Verne, ese desconocido*, Madrid, Alianza ed., n. 639, 1985, 335 pp.
- TORRENT FABREGAS, J.: *Jules Verne o la pasión científico geográfica del siglo XIX*, Barcelona, Ed. Mediterráneas, 1943, 247 pp.
- VERNE, J.: *Una ciudad ideal* en LAHUERTA, J. J., 1983, 46 pp.
- VERSINS, P.: *El sentimiento de artefacto*, en BELLOUR, 1968, pp. 89-103.

Bibliografía utilizada en Jules Verne:

Las fechas entre corchetes indican el año en que aparecieron en la *Bibliografía de la France*, en relación con el año de su Depósito Legal.

- Les Cinq Cents Millions de la Bégum* [1879] (ed. cast., Madrid, Ed. Debate, 1986, traducción de César A. Comet).
- L'Île à Hélice* [1885] (ed. cast., Barcelona, Ed. Mateu, 1958, traducción de M. Dolores García-Lomas e Irene Munté).
- Les Indes Noires* [1877] (ed. cast., Madrid, Gaspar ed., 1882, traducción de D. F. Picatoste).
- L'étonnante aventure de la Mission Barsac* [1920] (ed. cast., Barcelona, Ed. Mateu, s.d., traducción de Manuel Rossell Pesant).
- Une Ville Flotante* [1871] (ed. cast., Madrid, Agustín Jubera, 1886, traducción de D.G.R. y M.).